



Santiago Dimas Aranda



Hijos y entenados en plena guerra

Ahora puedo explicarme por qué mataron a mi padre.

Éramos los de la tierra grande. Él la había comprado con todo lo clavado y disponía de la hacienda y la gente. Me refiero a varones y mujeres que prestaban su completo servicio, recibiendo en pago desde alimento y ropa usada hasta uno que otro padrino de bautismo, supletorio de reconocimientos más compromisivos. La austeridad, según decía, era debida a la guerra.

Mi padre habría llegado a gran señor si no fuese aquella guerra, no por haber participado físicamente en ella sino por las aviesas consecuencias de la contienda para los hijos y entenados de Perulero, que así se llamaba el lugar que ocupaba la hacienda. Aunque la guerra era un sucio juego sólo para mayores, sus efectos los alcanzamos todos, hasta los niños.

Y hablando de niños, los hijos y entenados de Perulero éramos felices a nuestra manera, pese a todo. Corríamos por los mismos cañadones, persiguiendo pobres perdices inofensivas, nos desfogábamos en comunes aguadas no siempre muy aptas para los chapuzones, y lucíamos parejamente oscuros merced a la mugre, no obstante ser nosotros los niños de la tierra grande y entenados sin tierra los demás. Hablábamos la común jerga terrígena, nosotros con cierta envidia, con propiedad los otros. Probábamos el ardor de la canícula recorriendo los cocotales, y sangrábamos con frecuencia en feroces peleas disputándonos los frutos de la miseria. Paladeábamos el hambre, nosotros porque así jugábamos al sacrificio escapando al tedio de sentarse a la mesa tres veces por día, los otros por mala estrella. [72]

Éramos como la parte dulce de las frutas amargas. Habíamos declarado nuestra propia guerra a la naftalina y al almidón, camuflándonos entre la paja brava y los moscardones. Nuestros firmes aliados, los entenados, eran los veteranos.

La otra guerra, la de los adultos, acerca de la cual mi padre comentaba sabrosamente en la mesa, ésa llegaba a la hacienda semanalmente, envuelta en un periódico oliente a pólvora, y nos hacía sentir su violencia cada vez que hombres uniformados, montando briosos caballos del ejército, llegaban en busca de emboscada.

Se trataba de una dura guerra, cruel como la peor, librada en un territorio inhóspito pero rico en promesas petrolíferas y ambiciones encontradas. Nuestra inefable curiosidad nos llevaba a indagar y obtener, si bien precariamente, las informaciones que nos ayudaban a tejer nuestros formidables conflictos de fantasías. Así supimos de los emboscados y sus impenetrables escondites del Ybytyryzú. Y era que se negaban a volver al frente de batalla, se rehusaban a dejar allá la sangre y la vida en defensa de las tierras que a ellos les negaban por ser ajenas. No lo hacían a sabiendas, claro está, mas no por eso era menos atroz el drama que afrontaban. Sus huesos todavía suelen aparecer entre los pedregones, bajo estratos de tiempos derrumbados.

Era ésa la guerra de los adinerados contra los adinerados, pero, según podíamos los niños colegir y entender, en ella peleaban en primera fila los pobres, los sin vela en el entierro.

Había en la espesura de las quebradas moscas verdes y tábanos que desangraban a los vivos y los llenaban de sarnas y gusanos. Los que no podían seguir aguantando y caían eran atendidos por presurosos buitres. Pero los emboscados preferían todo eso a la guerra. Los que estuvieron en el frente y regresaron heridos o enfermos vivían obsesionados por la muerte masiva del campo de batalla, por la muerte con morteros y metralhas; vivían espantados por las mutilaciones y la desesperación de los moribundos; [73] vivían huyendo de la espantosa muerte del infeliz que muere de sed; huían de la absurda pelea contra desconocidos, tan paupérrimos, analfabetos e ignorantes de todo, obligados como ellos mismos, infelices a quienes debían matar, matar para no morir, para que la patria viva, matarlos.

Una vez llegaron a la hacienda de Perulero los perseguidores de emboscados, y mi padre, en homenaje a los huéspedes, faenó un toro. Desde entonces, la visita se hizo rutina. A la cabeza del grupo, un ceñudo gruñía como en su propia casa. Le decían «el yagua però en jefe». ¡Cuánto lo odiábamos!

El método que utilizaban para la caza de emboscados consistía en capturar un vecino cualquiera de la localidad, habitante sin tierra y padre de familia con preferencia, amarrarlo desnudo contra una ovenia de la hacienda y azotarlo hasta que suelte la lengua. El hombre se desvanecía ante los ojos aterrados y el corazón deshecho de las mujeres y los niños. Los pequeños nos escondíamos para llorar debajo de las camas, reproduciendo mentalmente desgarradoras imágenes, las llagas abiertas por el látigo, rojas, amoratadas y vueltas a enrojecer, la cara delirante de la víctima, la boca contraída en espantosas muecas. ¡Y cómo lloraba el látigo! ¡Cómo sangraban las correas trincadas en la ovenia! Allí estaba un campesino sin tierra, un hombre manso, bracero, a menudo utilizado en la hacienda, y allí los implacables indagadores. Y estaba también mi padre.

Así, la sesión duraba cuatro o cinco horas, hasta que luego la partida se iba. Mi padre se encargaba de soltar al que fuera amarrado contra la ovenia. Le echaba tinas enteras de agua con sal. Todos lo veíamos después alejarse trastabillando, borracho de dolor.

Los amarrados y azotados jamás hablaron. No los mataban porque mi padre se oponía a ello. Pero no se oponía a que los torturasen bárbaramente. Sus hijos o amigos, los perseguidos, continuaban en el monte como echando raíces. De tanto en tanto [74] le robaban a mi padre algún ganado y secuestraban de la hacienda una que otra mujer en las noches, la que regresaba algún tiempo después, hueso, piel y barriga.

Aunque mansos, los capturados, poco a poco, se volvieron fieras. Y seguían allí, al borde de la tierra grande, la tierra donde las ovenias crecían con heridas de látigos. Y allí seguía mi padre, un hombre que siempre hablaba de respeto; nunca de amor.

Cierta noche, en el portón de la hacienda relinchó su caballo. Traía las riendas trizadas a pisotones y la montura manchada de sangre. A la mañana se alborotaron los buitres. Gracias a ellos pudo ser encontrado el cadáver. Todavía guardo un recorte de diario donde se decía: «Han asesinado a don Fulano Tal, un hombre que prosperó con honor e hizo del deber y el respeto los signos de su vida. No se explica quiénes pudieron matarlo y por qué».

Ahora, reproduciendo los hechos al correr de la vida, yo sí, puedo explicármelo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo